

20. Las Dos Cenas

«¡Oh, todos los sedientos, venid a las aguas; y los que no tienen dinero, venid, comprad y comed! Sí, venid, comprad vino y leche sin dinero y sin precio.»

«¿Por qué gastáis el dinero en lo que no es pan, y vuestro trabajo en lo que no satisface? Oídmeme atentamente, y comed lo que es bueno, y vuestra alma se deleitará en la abundancia.»

«Inclinad vuestro oído, y venid a mí; oíd, y vuestra alma vivirá; y haré con vosotros un pacto eterno, las misericordias firmes de David.»

El evangelio eterno, el poder de Dios para salvación, ha extendido esta invitación a la gente de la tierra a lo largo de todas las generaciones. Desde la caída en el Edén hasta la última generación en la tierra, los invitados son escogidos para la cena de las bodas del Cordero. Este será el gran tiempo de reunión para la familia celestial, —la primera reunión de todas las criaturas de la mano de Dios. Dios el Padre reunirá a Sus hijos en la Nueva Jerusalén, la madre de todos nosotros; y Cristo el Hijo y Hermano mayor, el Esposo, saldrá y servirá a los invitados. Cristo en la fiesta de bodas en Caná miraba hacia el tiempo de Su propia cena de bodas, cuando el pecado sería borrado para siempre; cuando Su esposa, adornada con la justicia de Dios, y los invitados, ataviados con las vestiduras nupciales, esperarían la venida del Esposo. El cambio del agua en vino fue típico de la transformación obrada en el carácter de aquellos que se convertirían en invitados, cuando a Su palabra la mortalidad fue cambiada a inmortalidad.

En Su conversación con Zaqueo, el Publicano, el Salvador explicó Su matrimonio y la cena. *«Porque pensaban que el reino de Dios aparecería inmediatamente. Dijo, pues: Un hombre noble se fue a un país lejano para recibir para sí un reino, y volver.»* «Y vosotros mismos [sois] semejantes a hombres que esperan a su Señor, cuando Él regrese de la boda; para que, cuando

Él venga y llame, le abran inmediatamente. Bienaventurados aquellos siervos a quienes el Señor, cuando venga, halle velando; de cierto os digo que se ceñirá, y hará que se sienten a la mesa, y vendrá a servirles.» (Lucas 12:36, 37)

Cuando el Salvador entró en el aposento interior del templo celestial, Él fue para formar los súbditos de Su reino. Él *«vino al Anciano de Días»*, el Padre, *«y le fue dado dominio, y gloria, y un reino»*. *«Y el reino y el dominio, y la grandeza de los reinos debajo de todo el cielo, serán dados al pueblo de los santos del Altísimo, cuyo reino es reino eterno.»* Este es el matrimonio de Cristo, y la obra del ángel sellador es poner una señal sobre aquellos de la última generación que están preparados para la cena de bodas. La voz del cielo, que, durante el fuerte clamor, dice: *«Salid de ella, pueblo mío»*, reúne invitados para esta cena de entre la última gente de la tierra. La probación se cierra cuando el último invitado ha aceptado la invitación.

Juan, en la Revelación de Jesucristo, había sido llevado varias veces a este gran encuentro. En el capítulo dieciséis se registran las plagas que caen sobre aquellos que rechazan la invitación; el capítulo dieciocho describe el carácter de la iglesia y los gobiernos que atraen las mentes de los hombres del llamado de Dios, y los infatúan tanto con las fiestas de la ramera que pierden el privilegio de comer en la mesa del Cordero. Juan vio estas cosas, y entendió por qué llegó el tiempo de la angustia; y entonces se corrió el telón, y de las escenas de libertinaje y destrucción que presenta la tierra, sus ojos se posaron en la reunión celestial en la gran cena del Hijo de Dios.

Él vio a las huestes de los redimidos de la tierra mezclándose con ángeles y los habitantes de otros mundos. Y *«oyó una gran voz de gran multitud en el cielo»*, el coro más grande que el universo jamás haya escuchado; aquel en el que todas las voces se unen para cantar: *«¡Aleluya! ¡La salvación, la gloria, la honra y el poder son del Señor Dios nuestro!»* La salvación es el tema único en toda la creación. Mundos, largamente mantenidos en suspenso a causa del pecado en la tierra, levantaron sus voces en el himno universal. Habían presenciado el juicio de Dios; y aquellos que habían seguido las maquinaciones de Satanás en la tierra,

y que conocían sus repetidos intentos de derrocar el trono de Dios, vieron la destrucción final de la ramera, esa obra maestra de iniquidad. Cuando el último rastro de pecado hubo desaparecido, y el humo de la quema final hubo ascendido por los siglos de los siglos, estallaron en acentos desenfrenados, diciendo: *«Verdaderos y justos son Sus juicios.»* Y los cuatro seres vivientes y los veinticuatro ancianos se postraron ante el trono, diciendo: *«¡Amén! ¡Aleluya!»* Estos estaban cerca del trono; y cuando llegó el mandato de alabar a Dios, hasta los confines del espacio, rodando y rodando como la voz de muchas aguas, resonaron las palabras: *«¡Aleluya, porque el Señor nuestro Dios Todopoderoso reina! Gocémonos y alegrémonos, y démosle gloria; porque han llegado las bodas del Cordero, y Su esposa se ha preparado.»*

A veces puede parecer que el hombre está solo; pero un atisbo del cielo muestra que todo el universo está observando, observando atentamente, y la salvación es el pensamiento de cada corazón. Así como sus vidas son más sensibles que las nuestras porque el pecado no ha embotado sus sensibilidades, así su sufrimiento en simpatía con el hombre es intenso más allá de toda descripción. El amor, el amor eterno, rige el universo, y cuando el conflicto termine, un grito resonará por toda la creación: *«El Señor Dios Todopoderoso reina.»* Entonces, desde el espacio ilimitado, las criaturas de Su amor vienen a presenciar la reunión en la cena de bodas del Cordero. En la ciudad de Dios, la mesa de plata, de muchas millas de largo, está servida con los frutos de la nueva tierra. La ciudad que Cristo ha preparado para los redimidos, descansa en el lugar de la antigua Jerusalén, que había sido purificada por fuego. Es el Edén restaurado. *«Sus pies se asentarán aquel día sobre el monte de los Olivos... y el monte de los Olivos se partirá por en medio, hacia el oriente y hacia el occidente, formando un valle muy grande... y vendrá Jehová mi Dios, y con Él todos los santos.»* *«Nunca más te llamarán Desamparada; ni tu tierra se dirá más Desolada; sino que serás llamada Hefzibá (que es, mi deleite está en ella), y tu tierra, Beulá (casada): porque el Señor se deleita en ti, y tu tierra será*

desposada... Así como el novio se regocija por la novia, así tu Dios se regocijará por ti.»

En todas partes se verá el carácter de Cristo. La ciudad lo refleja, la tierra habla de pureza, y los redimidos están vestidos con las vestiduras nupciales, lino limpio y blanco, que es la justicia de Cristo vestida por los santos. Y mientras el profeta se maravillaba de la grandeza de la escena y de la gloria de la redención completada, Gabriel, pensando aún en aquellos en la tierra que deberían conformar esa compañía sentada alrededor de la mesa, dijo: *«Escribe: Bienaventurados los que son llamados a la cena de las bodas del Cordero»*; porque las cosas que has visto son verdaderas. Aunque todavía futuro, Juan había visto las cosas tal como serán cuando el pecado sea cosa del pasado.

Juan, abrumado por una alegría y gratitud inexpresables, cayó a los pies de Gabriel para adorarle; pero aquel que está en la presencia de Dios, un canal de comunicación entre Dios y el hombre, levantó al profeta y, señalando hacia el trono, dijo: *«¡Adora a Dios! Yo, aunque Gabriel, soy solo una de Sus criaturas, que saco vida de Él y soy tu consiervo y el consiervo de todos los que tienen el Espíritu de Profecía.»* Gabriel, como el ángel de profecía, siente una tierna consideración por aquellos con quienes ha tenido comunión abierta; y al ver a los redimidos en la cena de bodas, es capaz de rastrear su historia y salvación, a través de su adhesión al Espíritu de Profecía. Y él, el siervo de Dios, al llevar luz, es un compañero adorador con todos los que han recibido la luz; porque es el Espíritu de Profecía el que lleva a todos a la unidad de la fe.

Comenzando con el versículo once, las escenas finales de la historia de la tierra se abren nuevamente ante Juan. Esta vez ve las huestes celestiales reunidas, —diez mil veces diez mil ángeles, ataviados como guerreros bajo su Comandante. *«Jehová ha abierto Su armería, y ha sacado las armas de Su indignación; porque esta es la obra de Jehová Dios de los ejércitos.»*

A la cabeza de las fuerzas, cabalgaba el Comandante en jefe de todas las huestes del cielo. Estaba vestido con una vestidura teñida en sangre. Satanás el

general oponente, lo había magullado y herido; pero Su sacrificio solo lo hizo más querido para Sus propias tropas, y se convirtieron en Sus súbditos leales por la eternidad. Estaba sentado en un caballo blanco puro, un signo de realeza. En Su cabeza llevaba muchas coronas en señal de las victorias obtenidas. Para Sus devotos seguidores, el nombre del Comandante era «*Fiel y Verdadero*». En Su vestidura y en Su muslo, estaba escrito: «*REY DE REYES Y SEÑOR DE SEÑORES*»; pero aparte de estas letras Él tenía un nombre conocido solo por Él mismo y el Padre, —un nombre que expresa las profundidades del carácter divino que ni siquiera la eternidad puede interpretar. Dado que cada redimido tiene una experiencia interior con Cristo, que es un secreto entre dos, así el Padre y Su Hijo mayor se conocen como ningún otro puede conocerlos. Para Su Padre, Cristo es el Verbo de Dios. La unión más completa se significa aquí. Dios ha hablado a través de Cristo en toda Su creación, y el nombre Verbo de Dios es un recordatorio eterno del pacto eterno en el que los Dos entraron cuando Cristo recibió ese nombre. Fue el Verbo de Dios el que se hizo carne, y habitó entre nosotros. Es el Verbo que salva, y es este mismo Verbo el que destruye. Para aquel que obedece el Verbo, es un bálsamo curativo de todos los males de los que la carne humana es heredera. Cuando se ignora, se convierte en la piedra de tropiezo y la roca de ofensa sobre la cual los hombres caen y mueren.

Por primera vez en todas las edades, Cristo va del cielo como un guerrero, vestido con yelmo y espada; por primera vez, Él viene a reinar con vara de hierro. Durante seis mil años Él ha sido el más manso de los mansos. Él es el pastor que lleva a los corderos en Su seno; el padre que se compadece de Su hijo. «*¿Puede una mujer olvidar a su hijo de pecho?... Sí, aunque ellas lo olviden, Yo no te olvidaré.*» Pero cuando Él viene al final del tiempo, para encontrarse con los ejércitos de la tierra que están en formación de batalla en las llanuras de Armagedón, Sus ojos lanzan llamas de fuego, que queman a través de las almas de los hombres; y de Su boca sale una espada aguda, y con ella hiere a las naciones.

Aquel cuya Palabra ha sido la gracia salvadora a lo largo del tiempo, ahora sostiene en alto la Palabra de Dios, y los hombres son condenados por sus propios corazones. A los justos, a los que esperan, Él viene en una nube blanca, y ellos son arrebatados para encontrarse con Él en el aire; pero, mientras que para una compañía Su venida trae vida inmortal, para la otra, que ha despreciado la Palabra cuando fue pronunciada en lenguaje humano, esa Palabra, tal como viene de Jehová mismo, se convierte en un fuego consumidor.

Hay un gran terremoto, la tierra se abre y revela un lago de fuego. Esta es la primera revelación del lago de fuego, que el centro de la tierra ahora mantiene guardado hasta el día en que Cristo pise *«el lagar del furor y de la ira del Dios Todopoderoso»*. El fuego de la boca de Cristo mata al remanente de los impíos. Aquellos que estaban preparados para matar al pueblo de Dios, caen, como lo hizo la guardia romana cuando el ángel de la resurrección se acercó a la tierra. La bestia en Europa y el falso profeta en los Estados Unidos, habiendo mezclado sus fuerzas para el cumplimiento de su único deseo, —la destrucción del remanente del pueblo de Dios,— caen ante Aquel que está sentado en el caballo blanco. Su nombre es la Palabra de Dios, y es seguido por los ejércitos del cielo, vestidos con túnicas de pureza deslumbrante, cada uno montando un caballo blanco puro. El mundo es reunido bajo la bestia y el falso profeta y estos dos son arrojados vivos al lago de fuego. *«Sonido de batalla en la tierra, y de gran destrucción. ¡Cómo fue cortado y quebrado el martillo de toda la tierra! ¡Cómo ha venido a ser Babilonia una desolación entre las naciones! Te puse lazo, y fuiste tomada, oh Babilonia, y tú no lo supiste; fuiste hallada y también apresada, porque contendiste contra Jehová.»* Todos estos son muertos, y al final de los mil años, son quemados en el lago de fuego que purifica la tierra. *«Vendrá nuestro Dios, y no guardará silencio; fuego consumirá delante de Él, y tempestad terrible alrededor de Él. Convocará a los cielos de arriba, y a la tierra, para juzgar a Su pueblo. Juntadme Mis santos, los que hicieron conmigo pacto con sacrificio. Y los cielos declararán Su justicia; porque Dios es el juez mismo.»*

Desde tiempo inmemorial, las profecías han predicho este día de venganza, y advirtieron a los habitantes de la tierra que huyeran de la ira venidera. Pero los hombres amaron sus propias vidas. A Jeremías, el Señor dijo: *«Profetiza tú contra ellos todas estas palabras, y diles: Jehová rugirá desde lo alto, y dará Su voz desde Su santa morada; dará un grito, como los que pisan las uvas, contra todos los habitantes de la tierra. Un ruido llegará hasta los confines de la tierra; porque Jehová tiene pleito con las naciones, Él contendrá con toda carne; Él entregará a los impíos a la espada... Y los muertos de Jehová serán en aquel día desde un extremo de la tierra hasta el otro extremo de la tierra; no serán lamentados, ni recogidos, ni enterrados; serán como estiércol sobre la faz de la tierra.»*

La culminación de toda destrucción llega con la aparición de Cristo como Comandante de las huestes celestiales. Y cuando los muertos cubran la tierra de un extremo al otro, un ángel poderoso es representado de pie frente al sol, y gritando de modo que las aves de toda la tierra oyen, diciendo: *«Venid y congregaos a la cena del gran Dios, para que comáis carnes de reyes y carnes de capitanes, y carnes de fuertes, y carnes de caballos y de sus jinetes, y carnes de todos, libres y esclavos, pequeños y grandes.»* Se acabó. Aquellos que buscaron matar la verdad, —hombres de todo linaje, representando todas las clases, yacen muertos, asesinados por la Palabra que rechazaron. Y mientras Cristo regresa al cielo con los redimidos, las aves de los cielos devoran los cuerpos de los muertos. Esta es la otra cena, —un banquete de muerte. ¡Qué contraste con la cena de bodas del Cordero! Es el último festín, incluso para las aves de rapiña, cuya existencia misma tipifica la naturaleza devoradora del pecado. ¡La tierra pronto estará sin forma y vacía! Incluso la vida de las aves es destruida; porque los elementos se derriten con calor ardiente; los cielos se enrollan como un pergamino, y la atmósfera se disuelve.

Todos están llamados a la cena de bodas del Cordero; todos pueden estar allí, pero aquellos que han rechazado la Palabra serán heridos cuando Él venga como un fuego consumidor.

